

Pelirrojos y prerrafaelitas



Aurora Guerra Tapia
Profesora titular
de Dermatología.
Universidad Complutense
de Madrid.
Jefa de la Sección
de Dermatología.
Hospital Universitario
12 de Octubre. Madrid.

Caminar a menudo por los pasillos del arte no solo produce placer. Junto al despertar de las emociones más íntimas y espirituales, a veces, y sobre todo cuando la acumulación de belleza y la exuberancia del goce artístico son extremas, se desata, en el cuerpo del observador sensible, una cadena de reacciones físicas y objetivables.

«Había llegado a ese punto de emoción en el que se encuentran las sensaciones celestes dadas por las Bellas Artes y los sentimientos apasionados. Saliendo de Santa Croce, me latía el corazón, la vida estaba agotada en mí, andaba con miedo a caerme.»

Pero junto a la reacción romántica y psicossomática tan bien descrita por el escritor francés Stendhal (1783-1842) en su viaje a Florencia, un espectador racional puede mirar desde otra perspectiva y encontrar algo diferente.

Pongamos un ejemplo. Paseemos entre las pinturas de Dante Gabriel Rossetti (fig. 1), John Everett Millais (fig. 2) o William Holman Hunt (fig. 3). Además del placer de la belleza y la posibilidad de sufrir el síndrome de Stendhal, podremos deducir que estos pintores tenían mucho en común: una época (segunda mitad del siglo XIX y principios del XX), una técnica realista y minuciosa, y un colorido luminoso. Naturalmente, estos nexos de unión justificaron la creación, en 1848, de la Hermandad Prerrafaelita, en la que pintores, poetas y críticos ingleses propugnaban, en



Figura 1. *Veronica Veronese*, de Dante Gabriel Rossetti (1828-1882).

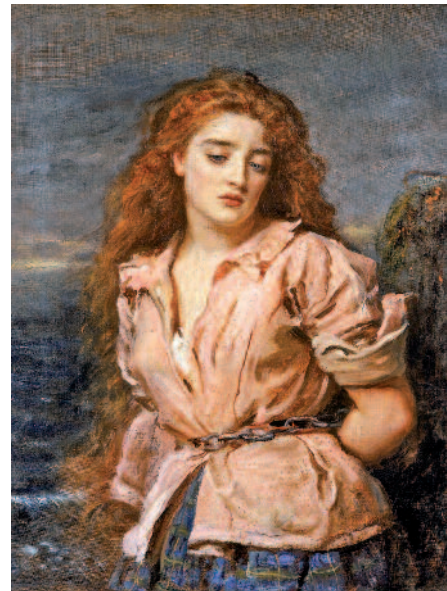


Figura 2. *The Martyr of the Solway*, de John Everett Millais (1829-1896).



Figura 3. *The Hireling Shepherd*, de William Holman Hunt (1827-1910).

la pintura, el regreso al detallismo minucioso y a los tintes brillantes de los primitivos italianos y flamencos, anteriores a Rafael.

Pero aún podemos deducir más: la mayoría de las figuras tienen el cabello rojo.

El color del cabello es uno de los caracteres fenotípicos más conspicuo en el ser humano y forma parte ineludible de la descripción física de un individuo. Su diversidad depende de la cantidad y proporción de eumelanina y feomelanina. Ambas son productos de la melanina, presente en la piel, el pelo, la coroides y la sustancia negra cerebral, que se forma por la polimerización de derivados indólicos de la DOPA en los melanosomas del melanocito, a través de una serie de etapas oxidativas. El gen de la melacortina (MC1R, Melanocortin 1 Receptor) regula esta producción. La eumelanina, de color oscuro, es la más abundante y protege del daño causado al ADN por las radiaciones

ultravioleta al absorber y dispersar las longitudes de onda entre 280 y 400 nanómetros. La feomelanina, de color amarillo rojizo, por el contrario, puede dañar al ADN de los melanocitos. El cabello rojo se asocia al fototipo I, esto es, a las pieles claras que no se broncean y cuya piel se quema de forma rápida ante las radiaciones solares. Así pues, desde un punto de vista estrictamente biológico, ser pelirrojo no es una buena opción.

No se sabe si es por eso, pero lo cierto es que, en la historia del arte, el cabello rojo se ha asociado a cualidades negativas: traición, falsedad, vileza, rebeldía, lujuria.

Así, el escultor e imaginero español Francisco Salzillo (1707-1783) representa a Judas, el apóstol maldito, en su *Santa Cena* como un hombre pelirrojo.

Ya antes, en el canto octavo del poema épico *La divina comedia*, dedicado a la visión de los soberbios en el averno, escribe el poeta italiano Dante Alighieri (1265-1321): «El fuego eterno que por dentro les abrasa, les da la apariencia rojiza de este bajo infierno».

Y lo mismo pensaba el madrileño Francisco de Quevedo (1580-1645) cuando describe al licenciado Cabra: «Era un clérigo cerbatana, largo solo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. No hay más que decir para quien sabe el refrán que dice, ni gato ni perro de aquella color».

Mujeres adúlteras, hombres traidores, dioses destructores... pelirrojos. Pero para Rossetti y sus hermanos, el cabello rojo fue una hermosa señal de sensualidad, erotismo y singularidad. Una victoria sobre los mitos. Un regalo para los amantes de la belleza.